La nueva nieta
Autor: Manolo Campa

Desde que comencé la vida de quietud del jubilado, dormir es una de mis actividades de reposo. Diariamente disfruto de la siesta, y sin necesidad de llegar al trabajo a una hora determinada, en las mañanas duermo hasta despertarme. Y es el sueño profundo al amanecer el que más disfruto.

Hace unos días, faltando unos minutos para las seis de la mañana, el timbre del teléfono interrumpió la tranquilidad de mi descanso hasta que mi mujer contestó la llamada. Estando todavía amodorrado, me comunicó con visible inquietud, que nuestro hijo menor llamaba para dejarnos saber que a nuestra nuera se le había roto la fuente.

Sin haber acabado de entrar en el mundo de los lúcidos, estando aún medio aturdido, me lució innecesario ser avisado tan temprano y con urgencia de la pérdida de una fuente. Cuando dejé caer la maceta con la mata de vicaria, tuve la entereza de mantener el incidente en secreto, sin notificar a nadie, le dije a mi mujer, poniéndome como ejemplo de persona considerada.

Utilizando la experiencia adquirida en sus seis partos, ella me dictó una conferencia relámpago, explicando que a las señoras en estado de gestación, la ruptura de la fuente es el indicio de que el parto ha comenzado. ¡Oh, uh, ah! Exclamé apenado y arrepentido de mi discernimiento equivocado. Y salimos para el hospital donde estaban mi hijo y su esposa en el "labor room".

En la saleta donde aguardan los familiares de las parturientas, estaban los dos hermanos de la niñita que traía la cigüeña. Dormían, recostados uno en el otro. Era una hora temprana… que invitaba al letargo. Me senté cerca de ellos y dormitando hice la antesala al parto.

Mi mujer compartió esas experiencias maravillosas que tienen las abuelas, con las otras mujeres que estaban en el mismo trance que ella. Salieron a relucir esos típicos álbumes pequeños que portan las abuelas llenos de fotos de nietos y nietas, llamados en inglés: "brag book" (libro para alardear). Sus relatos, a toda voz, no me dejaban dormir. Era una pena que no se dieran cuenta que estaban alborotando en la sala de espera del pabellón de maternidad de un hospital… donde había abuelos y jovencitos dormitando.

Habían pasado unas dos horas, cuando de pronto, se abrió la puerta que daba a no se dónde, y apareció mi hijo vestido con las vestimentas que usan los científicos de plantas nucleares. Con alegría nos informó del arribo de la cigüeña. Tanto la mamá como la niña estaban muy bien. En un tiempo prudencial nos permitieron ir a la "pecera" donde colocan a los recién nacidos en una bandeja transparente, con una tarjeta rosada, por tratarse de una niñita, mostrando el apellido del padre, el peso y el largo de la criatura.

Mi mujer se dio varios cabezazos contra el cristal de la "pecera" escudriñando a la nueva nieta para, vía el teléfono portátil, publicar a los cuatro vientos, la belleza y la inteligencia, de la recién llegada, obra maestra de su hijo, con la indispensable modesta participación de su esposa. Los parecidos con miembros de ambas familias fueron descubiertos por los parientes de ambas partes que fueron llegando.

Me quedé anonadado cuando me dijeron que la criaturita se iba a llamar Mia. ¿Dónde habrán encontrado ese nombre? ¿Se habrán contagiado mi hijo y mi nuera con la epidemia de asignar nombres estrambóticos a los niños, que padecen los padres en la Cuba castrista?

Inicié a la carrera un análisis encaminado a encontrar el significado de tan peculiar apelativo. Mia en la industria de la aviación es la identificación asignada al Aeropuerto Internacional de Miami. Mi hijo trabajó un buen número de años allí. Si esa era la razón para haber elegido ese nombre, había en ello algo de lógica. Me consolé pensando que si hubiese trabajado para la empresa de entregas postales que utiliza camiones pintados de carmelita, la nueva nieta se hubiese llamado: Yupies Campa.

Con la ayuda de otra de mis nietas, consulté en la Internet y las respuestas encontradas me devolvieron el alma al cuerpo: Mia, en italiano es una variante de María. En latín es una forma abreviada de: María, Amelia, Emilia o Amalia.

¡Bravo, Bravo!... para los adelantos modernos que nos sacan de dudas… y para los nietos que saben como utilizarlos.

EN SERIO:

¡Gracias Señor por los niños que alegran nuestras vidas! Por los padres que respetan el derecho a nacer de esas criaturas. Gracias por la gran alegría de poder conocer a los hijos de nuestros hijos. ¡Gracias por dejarnos sentir la agradable sensación de ser partícipes en la creación de la humanidad!